

y este exámen dará materia á todos mis discursos siguientes, considerando al Verbo hecho hombre en su vida privada, en su vida pública, en su pasion, en la Sagrada Eucaristía, en la Iglesia, y en el cielo sentado á la diestra del Padre.

Fijémonos hoy en su vida privada: Jesucristo modelo de la humanidad para realizar su restauracion.

PRIMERA PARTE.

Proponiéndonos, Señores, conocer á Jesucristo restaurador del género humano para levantarle de la postracion á que le redujo el pecado, y volverle á Dios, de quien se habia alejado, nos conviene recordar la triste historia de la prevaricacion.

Compendio de toda la creacion el hombre, rey y voz de la naturaleza (1), imágen de Dios y ennoblecido con su gracia, era feliz en el paraiso de las delicias, que debian ser su patrimonio en la tierra, y mas feliz, porque sabiendo el fin á que le destinaba el Criador, alimentaba en su corazon la esperanza cierta de ver consumada su gloria con la participacion del mismo Dios, á quien sería semejante en el cielo. De este conocimiento del fin propuesto se valió el ángel de las tinieblas para precipitarlo en la ruina. Le hace mirar como cosa que le es debida, esa elevacion á ser como Dios, le excita á la impaciencia porque no se le otorga desde luego, y engendra

(1) Vir sapiens, divinum simulacrum, mundi caput venerabile, naturæ lingua, etc. (Theodot. Ancyr., *Serm. de Nativ. Domini.*)

en su corazon el deseo de lograrlo por sí mismo, arrebatándolo con un acto de desobediencia á Dios, como si este por envidia le hubiese impuesto un precepto á fin de impedirle ó dilatarle injustamente esa participacion de Dios, que era la aspiracion única de su alma. Comed, dice, la fruta prohibida, haced alarde de libertad é independencia, rebelaros contra Dios y sereis como dioses, ya que ha querido encadenaros con esa prohibicion, porque sabe que comiendo el fruto vedado sereis como él (1).

El fatal consejo fué aceptado: el orgullo entró en el corazon del hombre (2), la impaciencia se apoderó de él (3), y excitada la sensualidad á vista de la hermosa fruta, todo le hizo creer que en ella se encerraba el secreto de su elevacion al sér divino (4), y alargando su mano al árbol, comió la fruta y consumó su desobediencia.

Ved ahí el pecado: el insensato deseo de saber el bien y el mal para ser como Dios, lleva al hombre á abandonar al que es su principio y su fin legítimo, y le hace caer sobre sí mismo y entregarse á las criaturas (5), corrompiendo su corazon y degradándole en sus afectos

(1) Gen. III, 5.

(2) Illud malum quo sibi homo placet, præcesserat in occulto, ut sequeretur hoc malum quod patratum est in aperto. (S. August., *De Civit. Dei*, lib. 14, cap. 11.)

(3) Ex hac superbia mox secuta est impatientia et indignatio animi indignantis ex hoc præcepto constringi, et a pomo tam nobili arceri. (*A Lapide*, in cap. III Gen., V. 5.)

(4) Credidit tam Eva quam Adam verbis serpentis promittentis omniscientiam et immortalitatem, si ex arbore vetita comederent. (*A Lapide*, in cap. 3 Gen.)

(5) Cupiditate experiendæ potestatis suæ, quodam nutu suo ad se ipsum tanquam ad medium proruit. Ita cum vult esse sicut Deus sub nullo, et ab ipsa sua medietate pœnaliter ad ima propellitur, id est, ad ea quibus pecora lætantur. (S. August., *De Trinit.*, lib. XII, cap. 11.)

y en sus acciones, hasta hacerle semejante á las bestias (1). Bien pronto experimenta el castigo: la vergüenza y el temor se apoderan del culpable. Quisiera ocultarse de Dios y de sí mismo, y no puede (2): de todo lo que ignoraba no ha aprendido mas que á conocer el remordimiento. Su razon se oscurece y se extravía; su juicio y sus pasiones, concertadas entre sí, le engañan continuamente. Se afana y se agita en seguimiento de sombras; se introduce por todos los caminos, y en ninguna parte halla reposo. Siente un pesar inmenso en el fondo de su alma; ha perdido un gran bien, tiene una como idea confusa de ello, y con un trabajo obstinado revuelve las ruinas de su inteligencia y de su corazon, esperando descubrir entre sus escombros la ciencia que le prometió el espíritu de la mentira, y no halla más que la duda, la incertidumbre, el error, deseos devoradores que le consumen, una imágen engañosa del bien, y la terrible realidad del mal (3).

Tales son las funestas consecuencias del pecado. El hombre dijo á Dios: apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos (4); engrandeceremos nuestra lengua; nuestros lábios, de nosotros son; ¿quién es Señor nuestro? (5) Me dejaron á mí, dice el Señor, que soy fuente de aguas vivas, y cavaron para sí cisternas abiertas, que no pueden contener las aguas (6). Desde entonces, dice San Juan, triple concupiscencia reina en el mundo. La concupiscencia de la carne, la concupiscen-

(1) Psalm. XLVIII, 13.

(2) Gen. III, 8, 10.

(3) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 2, cap. 35.

(4) Job. XXI, 14.

(5) Psalm. XI, 5.

(6) Jerem. II, 13.

cia de los ojos, la soberbia de la vida (1). Orgullo insensato que hace al hombre tenerse en mas de lo que es, y amar la superioridad, fundando su grandeza en apariencias exteriores: avaricia que le apega á las criaturas, buscando su elevacion en poseer lo que halaga á la vista, en la vanidad de las riquezas: sensualidad y amor del deleite, en el que coloca la felicidad de la vida.

Es verdad que no encuentra mas que crueles desengaños, que le obligan á exclamar con Salomon: Todo es vanidad de vanidades y afliccion de espíritu (2). Es verdad que la razon misma, sobreponiéndose alguna vez á las pasiones, le descubre que está mas allá el bien verdadero, y le incita á buscarle; pero cediendo á la fatal inclinacion, se deja arrastrar al abismo, diciendo: *Video meliora, proboque; deteriora sequor* (3). Es que de tal manera se ha infiltrado el veneno de la concupiscencia en el corazon de la humanidad, que ella forma su espíritu y la ley á que todos obedecen. Era necesario el ejemplo de un Dios para arrancarla de las entrañas del hombre (4), y Dios le da ese ejemplo al dignarse descender á nosotros y vestir nuestra naturaleza. Él lo dice: He venido á buscar y salvar lo que habia perecido (5); he venido para que los hombres tengan vida, y vida mas abundante (6). Seguidme. Yo soy el camino, sirviéndoos de modelo; la verdad, constituyéndome vuestro maestro; la vida, siendo vuestro Redentor (7).

(1) I Joann. II, 16.

(2) Eccli. I, 2.

(3) Ovidio.

(4) Platon, *Apolog. Socrat.*—Sanandæ miseræ nostræ, necessarium fuit Deum incarnari ad humanæ naturæ reparationem. (S. August., *De Trinit.*, lib. 13, cap. 30.)

(5) Luc. XIX, 10.

(6) Joann. X, 10.

(7) Id. XIV, 6.

Para realizar su misericordioso designio, el Verbo de Dios toma nuestra naturaleza, no en el estado en que la constituyó él mismo en el día de la creación, sino con todas las flaquezas y miserias que atrajo sobre ella la prevaricación del primer hombre, á excepción del pecado. Tomó la forma de esclavo, dice San Pablo, se hizo semejante á los hombres (1), y semejante en todo á excepción del pecado (2). Se hizo carne, y habitó con nosotros (3). Fijemos la vista en ese sublime objeto de nuestra contemplación.

Era el único que podía escojer una madre, fijar el lugar de su nacimiento, y ordenar todas las circunstancias de su vida en la tierra. ¿Qué prepara, pues, para sí? Una madre pobre, aunque descendiente de reyes, un establo para casa de su nacimiento; un pesebre de bestias para cuna de su delicado cuerpo; un taller de pobre artesano en población humilde, para ocupación de su juventud; unos rudos pescadores, para discípulos y anunciadores después de su celestial doctrina; y un patíbulo para su muerte. Es decir, lo más humilde, lo más pobre, lo más fatigoso, lo más despreciado entre los hombres. Es verdad que hace aparecer destellos de su gloria divina en el cántico de los ángeles sobre la campiña de Belén, en la estrella que brilla en Oriente, y guía á los magos al pesebre, en las profecías y alabanzas que se oyen en el templo, en la manifestación de su sabiduría entre los doctores, y en sus milagros y en su transfiguración; pero todo esto, que es prueba incontrastable de su divinidad, forma la antítesis más sorprendente con su

(1) Philip. II, 7.
(2) Hebr. IV, 15.
(3) Joann. I, 14.

humilde abatimiento, con su extremada pobreza, con su vida oculta, con sus fatigas y trabajos, demostrando que voluntariamente se ha puesto en este estado.

Contempladle en Nazaret. Allí se retira con María y con José, después de haber pasmado á los doctores de la ley con su doctrina y admirables respuestas (1). ¿Qué hace hasta la edad de treinta años en aquella pequeña ciudad, tan poco reputada entre los judíos, que decían: ¿Acaso puede salir cosa buena de Nazaret? (2) El Evangelista lo compendia en una sola frase: *erat subditus illis* (3). Les estaba sujeto. Obedecía y trabajaba, Señores. Hélo aquí todo. El Hijo de Dios, por quien todo fué hecho, se somete á la obediencia de una mujer y de un pobre artesano. ¡Humildad sin ejemplo! exclama San Bernardo (4). Estando sujeto á sus padres, dice San Basilio, mostraba su perfecta obediencia, compartiendo con ellos las penalidades de la obediencia y el trabajo (5). Para el mundo no era más que el hijo del carpintero de Nazaret (6). ¿Y su sabiduría divina? Queda oculta para todos. Porque lo quiso el Padre celestial, dió momentáneamente una pequeña muestra de ella en el templo; porque así lo quiere el Padre, la esconde después, como esconde su poder y su grandeza por espacio de tantos años. ¿Hasta cuándo, dice San Bernardo, hasta cuándo

(1) Luc. II, 47.

(2) Joann. I, 46.

(3) Luc. II, 51.

(4) *Utrique stupor, utrinque miraculum: quod Deus feminae obtemperet, humilitas sine exemplo.* (S. Bernard, *Serm. 1 super Misus est.*)

(5) *Porro Jesus cum parentibus esset subjectus, sine dubio in perfe- rendis una cum ipsis laboribus, morigeram declarabat suam obedientiam.* (S. Basil. *in constit. monast.*, c. 5.)

(6) Matt. XIII, 55.

guardareis silencio, oh Señor Jesus? ¿Hasta cuándo permaneceréis escondido en medio del pueblo, sin distingueros de los ignorantes y de los pequeños, Vos, que sois la fortaleza y la sabiduría del Padre? ¿Hasta cuándo, Rey del cielo, consentireis que se os tenga por hijo de un carpintero? (1) No ha llegado mi hora, puede responder Jesus, como mas tarde respondió á su Madre, que le pedia un milagro (2).

Mientras llega esa hora, Jesucristo ama y practica una vida de obediencia, de trabajo y de humillacion: se goza en ser desconocido de todos, y huye de que se fijen en él las miradas de los hombres. Por ello, como si no fuese capaz de otra cosa, se ocupa tan solo de acciones humildes; por ello oculta las luces de su espíritu, y se sujeta á la direccion y á la voluntad de María y de José. Y sin embargo, habia dicho á su Madre cuando le encontró en el templo: ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas que son de mi Padre? (3) ¿Son esas, Señor, las cosas del Padre? Sin duda, hermanos; la gloria del Padre pedia la humillacion del Hijo en contraposicion á la presuntuosa conducta de los hombres, dominados del orgullo, del vano deseo de distinguirse y brillar entre los demás, y del amor al regalo y al placer, que la tentacion inoculó en el corazon de Adan, y se trasmitió á todos sus hijos.

¡Qué contraste, hermanos! Mientras el hombre, dominado por el orgullo, aspira á ser tenido en mas de lo que es, y para ello pide prestado su atavío á cuanto le

(1) ¿Usquequo siles, Domine Jesu? ¿Quamdiu, Dei virtus et sapientia, quasi infirmus aliquis lates in populo? ¿Quamdiu, Rex caeli, fabri filium te pateris appellari et putari? (S. Bernard., *in Cantic.*)

(2) Joann. II, 4.

(3) Luc. II, 49.

rodea, el Verbo eterno, de quien es la tierra y su plenitud (1), y habita region de luz inaccesible (2), se desnuda de su gloria tomando nuestra naturaleza, se hace pequeño, ocupa el último lugar, se oculta y huye del aplauso y los honores (3), y protesta que no viene á ser servido, sino á servir (4). Mientras el hombre se afana por hacerse dueño de todas las cosas, y pone su gloria en las riquezas, el Hijo de Dios ama la pobreza, y se hace el mas pobre de los hijos de los hombres (5). Mientras el hombre huye del dolor y del trabajo, y se llama desgraciado cuando no goza, y feliz cuando le embriaga sensual deleite, el Verbo encarnado toma para sí la privacion, el trabajo, el dolor y los oprobios, esclamando que su corazon está oprimido mientras no llega la hora de apurar hasta las heces el cáliz de amargura (6).

¿Es solo la expiacion del pecado lo que se propone Jesucristo abrazando estas cosas? Es más, Señores. Vino á cumplir el gran designio de la restauracion y regeneracion del hombre, y por ello quiso con su ejemplo arrancar de su corazon las concupiscencias, y enseñarle que no está la felicidad en el goce del sentido, ni la grandeza en la posesion de las cosas terrenas, ni la elevacion en las apariencias y disfraces de la vanidad y del orgullo, puesto que nada de esto quiso para sí. Quiso hacerle comprender, que ni la pobreza, ni la humillacion, ni el padecimiento, son obstáculo á que el hombre sea verdaderamente grande y realmente feliz, puesto

(1) Psalm. XXIII, 1.

(2) I Thimoth. I, 16.

(3) Joann. VI, 15.

(4) Matth. XX, 28.

(5) Isai. LIII, 3.—Matth. VIII, 20.

(6) Luc. XII, 50.